El Dios de la Modernidad. El desarrollo del nacionalismo en Europa occidental. Josep R. Llobera. Traducción de Ramón Sarró Maluquer. Anagrama, Barcelona 1994.

Joan Bestard

Difícilmente puede haber un tema en la modernidad que más pasiones induzca que el nacionalismo. Unos lo atacan en nombre de la razón universalista, otros lo defienden en nombre del cosmopolitismo particular; unos lo consideran como una de las fuerzas opresoras de la humanidad, una enfermedad infantil y un retorno de lo primitivo en la modernidad, otros, por el contrario, lo defienden como una forma de emancipación colectiva ligada íntimamente a la libertad política de los ciudadanos. Para el pensamiento liberal, el nacionalismo, con su comunitarismo, es incompatible a nivel de principios con la idea de un individuo autónomo. Aceptar el principio de la lealtad del individuo a una comunidad histórica es una concesión al pensamiento romántico que exaltaba la naturaleza cuasi orgánica de las comunidades nacionales. Para los viejos marxistas, el nacionalismo era simplemente un falso problema. Si la clase trabajadora no tiene patria, el nacionalismo es una ideología del capital para disciplinar al proletariado. Esta vieja teoría tiene una clara resonancia en el postmodernismo actual: si la cultura del mundo es global, ¿para qué los viejos nacionalismos? Quien contempla el mundo como un gran supermercado cultural, es decir, el nuevo profesional de las grandes multinacionales convertido en consumidor del mercado global, le aparecen como trabas anticuadas los nacionalismos que le dificultan elegir país por razones puramente profesionales, por el clima agradable o por sus gustos perso-

nales. Para un postmoderno que celebra en sus viajes la diversidad cultural, el nacionalismo es una manifestación anticuada, incompatible con una cultura global que nos ofrece diversidades culturales para consumir.

Los nacionalistas, sin embargo, parece que tienen la historia de su parte y a pesar de las previsiones sobre un futuro cosmopolita, transnacional o global, sigue manteniéndose el nacionalismo como punto de referencia fundamental, hasta el punto de que difícilmente puede hablarse de algún movimiento político que no recurra a sentimientos nacionales. Tanto si se contempla el presente, como si se mira la historia reciente es posible afirmar, sin miedo a equivocarse, que el nacionalismo es una de las fuerzas políticas más importantes que están dando forma al mundo contemporáneo. El problema surge, cuando tratamos de definir analíticamente el concepto. Bajo esta rúbrica podemos incluir intereses relacionados con la emancipación política, cultural y económica, así como intereses relativos a la opresión, la intolerancia y la violencia entre pueblos. La experiencia con los fascismos desarrollados en Europa permite asociar nacionalismo con racismo y agresión, que no pueden compararse con los nacionalismos que hicieron posible la emancipación de Grecia del Imperio Otomano, el resurgimiento de Italia o la reunificación de Polonia. Ante esta disyuntiva, a la hora de hacer tipologías sociológicas, la tentación por establecer nacionalismos buenos y malos no deja de estar presente. Las dificultades analíticas aparecen cuando se satanizan los otros nacionalismos y se ensalzan los propios nacionalismos como los únicos buenos. Por otra parte, el nacionalismo es una fuerza política que escapa a los esquemas sociológicos al uso. Ni reductible a los intereses de una clase social, ni a los factores de la industrialización, tampoco puede identificarse con algún rasgo cultural único como la lengua o la religión. Vincularlo a la modernidad no deja de ser una tautología que nos impide analizar sus raíces históricas, de la misma manera que considerarlo como un fenómeno de la imaginación, aunque ésta sea colectiva, dificulta el análisis histórico

de la nación como principio de legitimidad política sobre la que se basa el nacionalismo.

Todas estas dificultades hacen de la lectura del libro de J.R. Llobera, *El Dios de la Modernidad,* un ejercicio intelectual apasionante donde el conocimiento histórico se compagina con los saberes de la sociología y la antropología. En vez de analizar un caso particular, va al centro del problema y explica el desarrollo del nacionalismo en Europa. Lejos de darnos una visión simplista y reduccionista del fenómeno, pone a prueba la capacidad explicativa de diferentes factores que han dado lugar históricamente al nacionalismo.

La primera parte, «La nación: una herencia medieval», analiza las bases históricas para la formación de la nación. La cuestión es fundamental en las discusiones en torno al nacionalismo. Mientras que los científicos sociales tienden a relacionar nacionalismo con modernidad y en una especie de falacia intelectual defienden nación en términos modernos y no encuentran evidentemente tales rasgos en la Edad Media, los historiadores tienden a plantear la cuestión en términos de continuidad y analizan evidentemente la génesis de los fenómenos modernos en el pasado. Unos tienden a contemplar el fenómeno en términos de la peculiaridad que supone la modernidad en el desarrollo histórico, los otros en términos de esta misma continuidad que da la historia. No conozco ningún gran tema de la modernidad que no haya sido objeto de este tipo de polémicas. El individualismo y el parentesco occidental son un ejemplo de estas paradojas conceptuales a las que nos induce el análisis de los fenómenos característicos del mundo moderno contemplados desde una perspectiva histórica. La continuidad está inmersa en el mismo concepto de cambio. En referencia al nacionalismo la cuestión se había discutido en los términos que había planteado Renan: o bien se definía la nación en términos modernos como el plebiscito de todos los días y ante la voluntad individual lo mejor es el olvido histórico, o bien se definía la nación en términos histórico-culturales y entonces las bases étnicas de su memoria eran fun-

damentales como defendieron los nacionalismos culturales. Paradójicamente, mientras que la antropología tenía como tarea la recuperación de la memoria histórica cultural y la teoría política debía construir las bases de un nuevo contrato, parece que en la actualidad la antropología ha optado por la teoría contractualista y pone el acento en la invención de la cultura. Desde la modernidad se dedica a contemplar cómo se inventa la tradición y cómo se imagina la comunidad nacional. Ante esta proliferación de invenciones culturales, es un ejercicio de higiene intelectual el que alguien nos recuerde las bases sobre las que se construyen tales creaciones de la modernidad. Recordar la factualidad de la historia y la existencia de un potencial etnonacional permite entrar en polémica con todos aquellos que han hecho de la cultura una pura invención de la voluntad general. Preguntarse por las condiciones de existencia de un fenómeno puede parecer una cuestión de mal gusto en determinados medios de narratividad culturalista, sin embargo sigue siendo esencial para la comprensión de la cultura.

La cuestión de los factores sociales (capitalismo, estado y clase social) aparecen, pues, cruciales en la explicación que J.R. Llobera presenta en la segunda parte del libro . El problema es el reduccionismo con que a menudo se tratan dichos factores. En relación con el capitalismo depende del tipo de definición que adoptemos de nación. Si se insiste en la definición moderna de nación la relación entre capitalismo en sentido amplio y nacionalismo es una tautología y si se restringe el capitalismo a una relación económica la relación causal es una simplicidad que entra en contradicción con los datos históricos. En relación con el Estado difícilmente puede afirmarse que el Estado sea el causante de la nación, dado que la misma idea moderna del Estado-nación puede considerarse una ficción (un puro camelo, dice J.R. Llobera), más que una realidad histórica, excepto si adoptamos el principio de que todo pueblo sin Estado es un pueblo sin historia. La coincidencia entre Estado y nación es pura excepcionalidad. Son una pareja que parecen necesitarse mu-

tuamente, pero que raramente coinciden en sus principios. En relación a la causalidad entre burguesía y nacionalismo, una cosa es decir que determinada clase social hace uso del nacionalismo y otra que una clase social, en este caso la burguesía, es la causa del nacionalismo. Aquí J. R. Llobera introduce el concepto surgido en la Ilustración Escocesa de la sociedad civil. Si no hay una correlación directa entre Estado ni clase social y nacionalismo, el mejor candidato es la sociedad civil. El *experimentum crucis* son precisamente los nacionalismos contra el Estado que aparecen en la época moderna. La razón de su éxito radica en la existencia de una sociedad civil dinámica capaz de promover un sentido de identidad nacional a nivel cultural. Así planteada la cuestión queda claro que los factores ideológicos son cruciales para entender el nacionalismo moderno. La identidad nacional se convierte en un precipitado histórico irreductible a las estructuras de la modernidad, aunque entre ambas existan afinidades electivas. Una de ellas sería la conversión del nacionalismo en la religión civil. Concepto que Rousseau había reclamado como el medio para establecer los principios de solidaridad en una sociedad secularizada. El dictum durkheimiano de que en el origen las religiones son la sociedad, se transforma en la modernidad en el principio de que toda nación hace de su cultura nacional su propia religión civil. La Revolución Francesa preparará claramente los símbolos, cultos y rituales de esta nueva religión civil. De esta manera, la idea de comunidad que existe en la religión como comunidad de creyentes se transforma en la idea de comunidad de ciudadanos libres. Se empieza, así, a recrear una comunidad (la nación) que se convierte en la base de la solidaridad de una sociedad moderna dividida por clases e intereses contrapuestos. El aspecto del sentimiento y de la ritualidad (representado por la nación) será tan importante como la razón intrumental (representado por el Estado) y la razón comunicativa (representada por la sociedad civil) en el proceso de construcción de la modernidad.

En el libro de J.R. Llobera se combina perfectamente el sen-

tido de la historia con la explicación sociológica de los hechos. Se trata de un recorrido crítico por los principales temas que han dominado las explicaciones sobre el nacionalismo, sin dejarse embaucar por un solo aspecto del problema que se convierte en la causa explicativa de todo el fenómeno. Como he dicho se trata de un libro general sobre el nacionalismo que se centra en su lugar de origen, Europa. Una vez planteado el problema en términos generales, creo que el análisis de un caso particular en profundidad se hace necesario. No quiero decir con ello que no se analice lo particular en este libro. Todo lo contrario, cualquier afirmación general está corroborada por hechos particulares de la historia. Simplemente sugiero que un caso particular como el nacionalismo catalán, bien se merece un tratamiento de sociología histórica como el del libro de J.R. Llobera. Espero que este libro se convierta, pues, en una introducción teórica general al análisis particular del caso catalán. Manteniendo la amplia perspectiva que abre *El Dios de la modernidad,* el nacionalismo catalán adquirirá, sin duda, nuevas dimensiones a las que normalmente no estamos habituados.